

XII

El tren de placer

Gontrán se arrancó de los brazos de Lucía para ir á ver á su padre.

Había prometido á su madre que volvería dentro de una hora, y habían pasado tres.

¿Qué le iba á decir?

Porque la encontraría, sin duda alguna, velando al querido enfermo.

El señor Staller sentíase mejor.

—Estoy bien,—dijo á su hijo.—Lo cual es una dicha para vosotros, porque ahora recuerdo que no hay que perder un minuto para mantener la hipoteca del millón que presté al conde del Étang. Ahora que sus acreedores se ciernen sobre su fortuna, es menester velar por ese millón. ¡Con tal que los contratos estuvieran bien hechos! Volveré á dejaros mañana.

—¡Imposible!

—La necesidad acabará de curarme, y, en todo caso, si yo no, tú partirás.

—Cuenta conmigo. Saldré en el tren de las ocho.

De cerca ó de lejos, habréis, sin duda, conocido al conde del Étang, un amigo del duque de Morny, de Roqueplan, de Daru, de todos lo que há veinte años vivían en las alturas y muy bien.

No era un jugador, era el jugador, curiosa fisonomía que echamos todos de menos en la galería de Regnard, un jugador, á su vez, que jugó la vida contra el amor;

un hombre de genio que, sin pestañear, hubiera puesto su gloria sobre una carta.

El conde del Étang lo jugó todo y lo perdió todo, excepto el honor. Jugó su caballeriza, jugó su jauría, jugó su querida, jugó su castillo, un castillo real construido por Enrique II, jugó su muerte, después de haber jugado su vida. Su última pistola, la que él llamaba su último amigo, una alhaja que hubiese dado ganas de matarse—ó de matar—á Benvenuto Cellini, la jugó y la perdió, viéndose obligado á morir como un cualquiera.

Mas no cuento aquí la historia de su vida. Tenía en sus buenos tiempos cuatro castillos en torno de París, en los cuatro puntos cardinales. Decía de esto que era jugar á las cuatro esquinas. En uno de aquellos puntos, el señor Staller era su vecino de campo; se conocieron un día que ambos cazaban. Y un día, el conde del Etang pidió á su vecino, sin preparación de ningún género, un millón. El señor Staller no sabía que jugase. No se pide un millón así como así. Pero entonces, precisamente, el señor Staller, que acababa de enriquecerse rápidamente en 1852 en la creación del papel moneda, no pedía otra cosa que retirarse de la Bolsa.

—¡Un millón!—dijo á su vecino.—¿Y para cuándo lo quiere usted?

—Cuando usted guste; lo que se tarde en hacer una hipoteca sobre este castillo y el bosque en que cazamos.

Dicho y hecho.

El conde del Étang se jugó el millón y otros, hasta que se vió sepultado bajo una ruina espantosa.

El castillo y el bosque fueron vendidos. Había muchos acreedores, y no se entendían; el señor Staller mantenía su hipoteca por un millón.

Y véase ahora lo que sucedió:

El notario del país, que le servía de intendente,

pasó á mejor vida, teniendo por sucesor á un atolondrado que olvidó rehacer la hipoteca. El señor Staller fué el primero en darse cuenta de este olvido; no habían pasado, por otra parte, más que algunos días.

Gontrán había de salir, por consiguiente, en el primer tren, para ir á toda prisa á Beauvais á avistarse con el procurador y el abogado, con objeto de no perder una hora.

Aquí aparece el mal genio de la fortuna Staller.

Gontrán se separó de su padre á las tres, diciéndole que tomaría el tren de las ocho. Se acostó hasta las seis. Faltábale una hora para marchar cuando dijo adiós á su padre. Pero pasó por la calle de Helder.

Lucía dormía; fuéle necesario despertarla.

—¡Adiós!—le dijo.

—¿A dónde vas?

—A tres leguas de París, á un pueblo que tú no conoces.

Lucía se echó fuera de la cama.

—Quiero ir contigo.

Gontrán intentó en vano prescindir de tan lindo compañero de viaje; Lucía no quiso soltarle; se vió obligado á esperarla. El tren marchóse sin ellos.

Cuando llegaron á Beauvais, la oficina de las hipotecas estaba cerrada.

Aun no se había perdido todo; pero al siguiente día era menester levantarse temprano; después de un viaje de tres horas de tren, después de una velada agitadísima en el teatro de Beauvais, después de una cena con una comedianta y un periodista que allí encontraron, levantáronse al mediodía.

Lucía no quería almorzar sola. Sin embargo, el joven Staller tuvo valor para arrancarse de sus brazos y correr á casa del abogado.

Los dos fueron á las hipotecas; era tarde hacía ya dos horas; se habían hecho otras inscripciones: el millón estaba perdido.

—¿Qué quiere usted, caballero?—dijo el conservador á Gontrán.—No es costumbre pedir nuevas hipotecas al cabo de ocho días de haber caducado las anteriores. Creía, por otra parte, que el señor Staller había cobrado su millón.

—No es ésa la última palabra,—dijo el abogado;—pleitearemos contra esas nuevas inscripciones, que haremos declarar nulas.

—Caballero,—replicó el conservador,—creo que perderán ustedes el pleito; porque aquí sí que puede decirse: «Escrito está lo escrito».

Gontrán estaba atontado. Tenía todos los trabajos del mundo para comprender que se podía perder un millón por haberse levantado un par de horas demasiado tarde.

—Por favor,—dijo al abogado,—(no creí que esto fuese tan serio) no diga usted á mi padre que no le vi á usted hasta las doce.

Cuando Gontrán estuvo de vuelta en el hotel, dijo á Lucía:

—¡Esto es para romperse la cabeza! El llegar dos horas más tarde de lo debido, me ha costado perder un millón.

—¡Un millón!—exclamó Lucía.—¡Me lo hubieras dado á mí!

Estas fueron las únicas palabras de consuelo que encontró en la comedianta.

—¡Nunca me has amado!—le dijo lleno de cólera.

—¿Qué hay que hacer para probarte lo contrario?—exclamó Lucía con la sorpresa de una ingenua.

Lucía profesaba algún amor á Gontrán, pero amor

ligero, sin consistencia. No eran aquéllas las violencias de pasión que su primer amante le inspirara. Decía ella que había tenido sus estaciones de la cruz, su hiel y su vinagre, todos los azotes de los celos. Se figuraba que jamás volvería á caer bajo el encanto incisivo, bajo aquella cruel dominación. Había tenido el corazón aplastado á martillazos. Desafiaba á todo el mundo á que volviera á sumirla en aquellas angustias. Y sin embargo, sentía una sabrosísima voluptuosidad al acordarse de ellas. Con Gontrán, la cosa era muy distinta. Causábale dicha el verle, porque era bello. No sin vanidad le daba el brazo, porque era valiente. Y no sin curiosidad oíale referir las festivas historias del mundo galante. Pero sentía que entre él y ella había una cadena de flores que se rompería á la primera aventura sin desgarrarle á él las manos, porque las espinas estaban en la otra parte.

Gontrán la amaba locamente, apasionadamente, desesperadamente; la amaba por distracción, por pasatiempo, por capricho: un verdadero amor de sobremesa.

XIII

El testamento

Al volver á París, Gontrán encontró la casa revuelta. Ricord y Cabarrus, los médicos de los dos polos, habían sido llamados á la vez; se entendían porque el espíritu domina á la ciencia. También estaban Piogey y Paquelin, lo que hacía el número cabalístico en medicina.

El señor Staller había recaído; habíase recorrido todo París en busca de médicos. Y sabido es que, por la noche, es una suerte encontrarlos, si no es una mala suerte. Se había buscado á Gontrán en los dos círculos á donde iba; se le había buscado también en los Italianos, en donde había una función extraordinaria; no se había olvidado que podía estar en los Bufos Parisienses; pero, cuando pasaron por el despacho, no había ido aún.

—Tu padre ha preguntado por ti muchas veces,—dijo la señora Staller á su hijo, sin dirigirle ningún reproche.

Cuando los médicos hubiéronse alejado, Gontrán se acercó á su padre; cogió una de sus manos y besósele en silencio.

—Padre mío, perdóneme usted.

—Te perdono,—dijo el padre.—No se atraviesa impunemente la juventud; yo también tuve mis horas de locura. Pero mi corazón lo salvó todo; que es lo que á ti te ocurrirá. Escúchame atento.

El enfermo bebió un trago de vino. Los cuatro médicos, á fuerza de ciencia, habíanse puesto de parte de Natura; habían aconsejado el vino de Château-Iquem como el mejor cordial para reavivar el espíritu y el cuerpo.

El señor Staller habló así á su hijo:

—Voy á morir. Hay enfermos que no se dejan engañar. La muerte no me espanta, porque creo en Dios. Voy á encontrar de nuevo á mis padres. Voy á esperarlos. Con razón se dice que hay estados ventajosos, puesto que me resigno á dejaros aquí.

El señor Staller no quería enternecerse; pero en sus ojos se vieron lágrimas. Estrechó entre las suyas la mano de su hijo.